3
El nacimiento de Flossenbürg

Campo de Concentración de Flossenbürg, Alemania.
4 de Mayo de 1938.

La sinuosa vía férrea que unía el pueblo de Dachau, al norte de Múnich, en el sureño estado alemán de Baviera, y el distrito de Neustadt an der Waldnaab, en la región del Alto Palatinado, del mismo estado, aparecía regada por una finísima lluvia. Negros nubarrones se agolpaban sobre ella, no sólo en sentido literal.

Un tren digno de transportar ganado llevaba consigo una cantidad indecente de seres vestidos de miseria y humillación. Aquellos hombres, cuyo único pecado cometido era haber nacido judíos, constituían en sí mismos una ruina invendible, unos cuerpos cuya vejación absoluta pedía a gritos un final trágico a manos de unos individuos trastocados por un cerebro enfermo.

Entre un mar de chirridos férricos y nubes de vapor de hulla procedentes de la locomotora, el convoy arribó en la estación destino. Destino cruel. En el andén, oficiales impecablemente uniformados de la *Schutzstaffel*, las conocidas *SS,* abrían las correderas de los compartimentos como si fuesen portones de toriles.

Isaac Rabínowitz fue sacado a empujones de aquel vagón que olía a llanto, a miedo y a muerte. Él mismo despedía un hedor nauseabundo. Durante el viaje a ninguna parte se había hecho sus necesidades encima y apenas era cons-

ciente de ello, en medio de semejante hacinamiento. Su horror había comenzado hacía ya tanto tiempo que se había acostumbrado. Estaba inmunizado a su propia fetidez corporal y un oscuro pesimismo llenaba su estado de ánimo. Había aprendido en el campo de concentración de Dachau que el día siguiente siempre sería más terrible, más cruel, más largo y, en definitiva, peor que el anterior.

Otros prisioneros, piel y huesos, caían a su lado fruto de los empujones de los oficiales de las *SS* y, cuando trataban de incorporarse, sin resuello y muertos de miedo, volvían a besar la tierra a golpe de bota o de culata. Algunos, incluso, aprovechaban las heridas sufridas para alimentarse de su propia sangre, sin nada mejor que calmase su sed. La secuencia de aquellos hechos era kafkiana, pero tristemente real.

La caravana de la muerte provenía del campo de concentración de Dachau y la componían un centenar de judíos. Llegaban ahora al recién estrenado Flossenbürg y la mayor parte de ellos viajaba en el vagón de la muerte pensando que aquí no sufrirían tantas penurias y humillaciones como en los meses anteriores. En Dachau habían penado castigos físicos y psicológicos devastadores, y habían sido utilizados como cobayas humanas en cientos de experimentos médicos inclasificables. Bastó que pusieran pie a tierra para comprobar que su nuevo destino no les iba a devolver a una vida mejor.

Flossenbürg había sido concebido con el fin de extraer el granito de las canteras bávaras y era el capricho personal de Adolf Hitler. Su Alemania imperialista e invencible merecía construcciones monumentales acordes a su grandeza, y qué mejor ocasión que instalar allí a unos pobres perros judíos, culpables de todos los males que habían venido asolando a la humanidad a través de la historia, para que picasen piedra de sol a sol.

El diseño del campo de Flossenbürg fue encargado al jerarca nacionalsocialista y gran arquitecto del régimen, Albert Speer, el hombre más moderado de toda la cúpula del partido. Un sujeto que, tras la caída del *Reich*, incluso llegaría a declarar su desconocimiento acerca de la llamada *Solución Final* —el aniquilamiento de todo ser perteneciente a la raza judía—, y confesaría su arrepentimiento

en los procesos de Núremberg, tras los cuales sería condenado a veinte años de prisión.

El proyecto de Speer se ubicaba entre la cantera y una zona boscosa y difícil que rodeaba el campo. Al frente de aquella mole mortuoria se encontraban los comedores para los *SS* y la Oficina Central. Tras ella, aparecía el lugar de llamada y recuento de los reclusos, flanqueado a su vez por los barracones de los miembros de la *Schutzstaffël*. Dándoles la espalda, surgían como fantasmas los barracones de madera destinados a los prisioneros y que ellos mismos iban a terminar de construir, dieciséis en total, quedando la prisión y la enfermería a la derecha de estos. Detrás de todo, surgían la lavandería y el bloque de desinfección, así como el temido barracón de aislamiento. Finalmente, unos metros retirados y tras las alambradas electrificadas, se hallaban el burdel y el crematorio, en un paralelismo que rayaba en lo macabro. Todo este entramado estaba protegido desde siete garitas de vigilancia, tres en la parte delantera y cuatro en la posterior, que sostenían unas temibles ametralladoras.

Isaac Rabínowitz y los demás reos judíos fueron conducidos al barracón número Uno. Vestían uniforme gris y azul a rayas verticales, y de sus pechos pendía la estrella amarilla, dos triángulos enfrentados que indicaban su procedencia judía y su *delito* de ser judíos. Estaban señalados entre los señalados e iban a tener el dudoso honor de inaugurar las dependencias de aquel segundo infierno en sus vidas. Hombres reducidos a la mínima expresión se hacinaban entre sollozos, gritos y lamentos, mientras los oficiales del *Reich* los hostigaban como si fuesen bestias de tiro.

Pero tan sólo eran judíos…, descendientes de aquellos que en el año 33 de nuestra era crucificaron a Jesús, descendientes de todas esas generaciones hebreas que llevaban veinte siglos penando por aquellos hechos, tristes destinatarios del odio de un cristianismo intolerante y sanguinario, descendientes de seres inteligentes y trabajadores que servían de prestamistas a nobles y reyes y que ardían en tétricas piras al más mínimo conato de revuelta, fuesen culpables o no. Siempre, en cualquier instante de la historia, había existido un judío para pagar todos los platos rotos. Isaac Rabínowitz y los demás compañeros de barracón, simplemente, repetían la trágica historia de sus antepasados.

El barracón número Uno lo componían interminables hileras de literas, una cantidad muy superior a las que se iban a ocupar en ese momento, con lo que era de esperar que muchos más prisioneros fuesen conducidos hasta Flossenbürg tiempo después. De hecho, se erigían otros quince barracones adyacentes de las mismas características, varios de ellos sin finalizar.

Aquella noche, Isaac Rabínowitz, un hombre humillado, sin patria, sin familia y, por tanto, sin nada que perder, conoció a su compañero de litera. Era éste un judío alemán de ojos tristes, evocadores de un pasado reciente mucho más próspero, de nariz aguileña, dentadura de roedor, orejas de perro *dóberman* y un cuerpo lastrado por las penurias que se presentó como Eyal Bérkowitz.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

1 El síndrome de Estocolmo.....17
2 Una maravillosa sorpresa.....21
3 El nacimiento de Flossenbürg.....26
4 El día de partida.....30
5 La llegada del látigo.....35
6 Reflexiones castellanas.....39
7 La humillación por bandera.....42
8 El despegue.....46
9 El deseo de Eliyahu.....50
10 La escala.....53
11 El líder en la sombra.....56
12 Un puñetazo de realidad.....62
13 La invasión de Polonia.....66
14 Las calles de Nairobi.....72
15 Jugando con el diablo.....80
16 La pantera de ébano.....85
17 La primera expedición nocturna.....94
18 Por fin en el paraíso.....99
19 Recuerdos de la tortura.....108
20 La declaración.....115
21 La conferencia de Wannsee.....121
22 El encuentro deseado.....127
23 Huellas en el camino.....133
24 En la aldea Samburu.....141
25 El atentado contra Reinhard Heydrich.....152
26 Camino de los Aberdares.....161

27 Adiós a mi concubina.....167
28 El sillón de la Reina.....173
29 Los métodos de Egon Zill.....181
30 Las primeras sospechas.....191
31 Una conversación trascendental.....199
32 Un paso al frente.....208
33 La masacre de Muelsen.....218
34 El pálpito de Alex.....225
35 La Operación Valkiria.....236
36 Los papeles de Simeón.....243
37 El secreto de la antigua cantera.....253
38 La involuntaria confesión.....264
39 Los desvelos de Eyal.....271
40 Tensión y bautismo.....278
41 La historia familiar de Bérkowitz.....287
42 Confesiones bajo la lluvia.....298
43 La hora de la verdad.....308
44 La gran migración.....322
45 Spillmann.....329
46 El envío.....341
47 La misiva soñada.....353
48 Un descuido decisivo.....361
49 El abismo.....374
50 Llamada por sorpresa.....382
51 En la estacada.....388
52 Reacción en cadena.....397
53 El adiós a Kenia.....409
54 La eternidad.....416
55 Las catacumbas de la historia.....419